



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Dos sedientos se encuentran

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 4, 5-42 (3^{er}. Domingo de Cuaresma del Ciclo A – 15 de marzo de 2020)



El final del camino de la Cuaresma, como lo venimos diciendo desde el Miércoles de Ceniza, no es cumplir con una serie de prácticas piadosas que, aunque sean muy buenas, no dejan de ser medios que nos ayudan a vivir el sentido profundo de este tiempo: prepararnos y disponernos para celebrar el triunfo de la vida pasando de las situaciones que nos anclan en la muerte y el dolor a

aquellas que nos abren a horizontes de paz, reconciliación, justicia, verdad, libertad, en últimas, a la vida digna que Dios quiere para toda la humanidad.

El encuentro de Jesús con la Samaritana, si me permitís el atrevimiento, es un diálogo de dos sedientos, dos sedientos de una vida que valga la pena ser eternizable y que se pueda ofrecer como icono de la vida soñada por Dios para todos y que es, precisamente, la que queremos celebrar en esta pascua.

La sed de Jesús... Sentado al borde del pozo le dice a la Samaritana: “Dame de beber”. Ella no entiende el sentido de la sed de Jesús y orienta su diálogo hacia el agua de aquél manantial y de los instrumentos necesarios para sacarla. Pero la sed de Jesús es diferente, ¿cuál es el agua que quiere Jesús de la Samaritana -y hoy de nosotros- para saciar su sed?

El agua de la reconciliación: ver a dos pueblos hermanos, como los judíos y los samaritanos, separados por razones religiosas, políticas, étnicas, económicas o sociales hacen que de nuevo se escuchen las palabras de Jesús en la cruz y en el pozo de Jacob: Tengo sed... Dame de beber. En el camino hacia la pascua, para ser artesanos de la vida que queremos que triunfe, debemos activar todas las energías de las comunidades cristianas para inundar con el agua de la reconciliación aquellas realidades que se están resecaando por el odio, la incomprensión, la intolerancia, la exclusión y el ansia de dominio por nombrar solo algunas de las causas que generan divisiones en la humanidad. No tengamos miedo de anunciar el evangelio de la paz, de la ternura y del perdón; en Dios está la fuerza que necesitamos para tender puentes de reconciliación y con ellos saciar la sed que Jesús tiene de vernos como comunidades unidas en el amor y en la paz que brota de la justicia.

El agua del conocimiento del don de Dios: la Samaritana venía buscando agua para saciar la sed que genera un clima tan hostil como el del desierto, pero Jesús, que conoce la hondura del corazón humano, cuando le dice a la mujer “dame de beber” le está pidiendo el agua de sus búsquedas de sentido, de aquello que le revela la profundidad de su corazón y el lugar donde se albergan sus más hondos ideales. Jesús está sediento de hombres y mujeres buscadores del Padre, adoradores en Espíritu y verdad y que sean capaces, aún en medio de las alucinaciones que nos hace vivir la globalización de la superficialidad, de vivir y recrear, desde la frescura del evangelio, el proyecto de Dios.

El agua de la acogida y del diálogo: Tanto Jesús como la Samaritana pudieron saciar su sed porque se sentaron a dialogar. Desarmaron los espíritus, aparcaron la intolerancia, miraron con compasión y bondad al otro, valoraron su mirada y su sentir diferente y, desde un profundo respeto, pusieron sobre la mesa del encuentro sus vidas y sus sueños. El tiempo presente está sobre informado pero carece de lugares y tiempos de diálogo y encuentro de calidad. Nos descalificamos con mucha facilidad y ponemos etiquetas con ligereza. Para saciar la sed de sentido y aportar en la reconstrucción del tejido social fragmentado, sentémonos a dialogar. Nada hay en el mundo que no se pueda hablar.

El agua de la valentía profética: Para que, a pesar de las dificultades del tiempo presente, no silenciemos ni dejemos eclipsar nuestra voz de manera que la causa de los últimos y nuestra apuesta por un mundo diferente no se vuelva irrelevante en el diálogo social.

La sed de la Samaritana... Cuando la mujer da el salto del agua de aquél manantial al que surge del encuentro con Jesús toma conciencia de la sed que tiene de conocer su verdad, de saciar la sed de coherencia que, quizá, durante años ha ocultado. Al ser “descubierta” por Jesús se da cuenta de que el engaño, la mentira y el fraude no pueden ser más la norma de su vida y que, desde un reconocimiento humilde de sus limitaciones, puede vivir en transparencia y en honestidad consigo misma, con la comunidad y con Dios. En las actuales circunstancias del mundo, cuando la corrupción y la mentira se han convertido en una de las preocupaciones más hondas de los ciudadanos, urge ser trabajadores de la verdad anunciando con ahínco el valor de la honestidad e invitando, a los que defraudan al pueblo con su mentira, a asumir y vivir la verdad que hace a los hombres libres.

Que este encuentro de la sed de Jesús con la sed de la Samaritana y nuestra sed nos ayude en la búsqueda de los manantiales en los que brota el agua de la vida, la verdad y el amor y, con decisión e ilusión, digamos: ¡Dame de beber!